

siega las lágrimas de los que temen: Ella es Puerta cerrada como la oriental del Tabernáculo, y Vos el que se ha de sentar sobre aquel Imperio, multiplicado en el

mysterieuse (a) ou comme l' étoile du matin précurseur du soleil de la grace (b); les plus beaux anges la servent, les harpes et les voix celestes forment un concert autour d' elle; on reconnait dans cette fille des hommes le refuge des pecheurs (c), la consolation des affligés (d); elle ignore les saintes colères du Seigneur, elle es toute bonté, toute compassion, toute indulgence.

•Marie est la divinité de l' innocence, de la faiblesse et du malheur. •

Lo cual, vuelto en nuestro idioma, para deleite de los que no puedan en francés saborear esta hermosa pintura, quiere decir:

•Los que no han visto en la casta Reina de los ánge-

- (a) ROSA MISTICA.
 (b) STELLA MATUTINA.
 (c) REFUGIUM PECATORUM.
 (d) CONSOLATRIX AFLICTORUM.

sólo de David, que ha de durar para siempre: Ella el Monte de donde salió la piedra sin manos, y Vos, Cristo mio, la

les otra cosa que un misterio de oscuridad, son por cierto dignos de lástima, Parécenos que podrian decirse muchas ternezas á propósito de esta mujer mortal que llegó a ser Madre inmortal de un Dios Redentor; á propósito de aquella María á la vez Virgen y Madre, los dos estados mas divinos de la mujer; sobre aquella doncella de la familia de Jacob que vino en ayuda de las miserias humanas, sacrificando un hijo para salvar la raza de sus padres. Esta tierna mediadora entre el Eterno y nosotros, abre á nuestras tristes confidencias un corazon lleno de piedad, y con la dulce virtud de su sexo, desarma un Dios irritado: dogma encantador que dulcifica la idea de ese Dios, haciendo que se interponga la belleza entre nuestra nada y la magestad divina.

•Los cánticos de la Iglesia nos pintan á la feliz María sentada en un trono de candor mas blanco que la nieve; brillante sobre ese trono como una *rosa mística* ó como *la estrella matutina* que al sol de la gracia precede; sirvenla los ángeles mas hermosos, las harpas y los co-

misma piedra: Ella el trono de Salomon
de marfil y oro, cercado de leones; y
Vos el que tiene en su vestido escrito:
Yo soy el Rey de los Reyes, y el Señor de

ros celestiales cantan sus loores a porfía; reconócese en esta jóven mortal *el refugio de los pecadores, el consuelo de los afligidos*: ignora las santas cóleras del Señor, que en ella se cifra toda bondad, toda compasion y toda indulgencia.

•María es la divinidad de la inocencia, de la debilidad y de la desgracia. •

(*Genie du christianisme*—I Partie—Chap. V.)

No son menos bellos los loores que tributó á la Reina de los ángeles otro poeta del tiempo de Lope, el Padre Valdivieso, mozarabe de la santa iglesia de Toledo, en su *Vida, escelencias y muerte del Patriarca S. José*, poema que no merece estar olvidado. Allí la apellida con los epítetos mas amorosos que imaginarse pueda, en verdaderos torrentes de poesia, de que dará muestra este precioso dístico:

los Señores: Ella la ciudad fuerte; y Vos
el que la vela y guarda, pues sin Vos en
vano, Jesús mio, la guarda el hombre;
Ella la fuente sellada para que en este
cerco no me falte agua; y Vos la que vió
Ezechiél, y el que llamais á los que tie-
nen sed, con tanta voluntad de hartar-
los, que aun despues de muerto la dis-

Trono de luz, que á los del cielo humilla,
Trono de Dios, y de su gloria silla.

(Veanse los cantos XVI, XVII, XVIII, XIX, y XX.)

Verdad es que para gloria suya y de su patria las musas castellanas han tenido á la Madre de Dios por abogada y protectora siempre, que aun en nuestros dias el mayor poeta moderno, D. José Zorrilla, le ha dedicado una corona cuyas flores embalsaman el Pindo y no se marchitarán en el cielo.

teis de vuestro costado, que fué la última fuente que hicieron en Vos.

Aquí pues, Señor, estoy seguro; pero si poniendo los ojos en mí vuelven á dar sangre vuestras heridas, como suele suceder al que las tiene delante del homicida, no los pongais, amor mio, en mis culpas, sino en sus purísimas entrañas: consideraos, Señor, tan pequeño y cifrado en ellas para mi bien, que no es posible que en razon de Hijo (aunque lo sois de Dios) dejéis de tenerle reverencia; y si por la vuestra os oyó á Vos vuestro Padre, por la de vuestra Madre debéis oirla.

Abrazadme pues, querido Jesús, desclavando esos piadosos brazos del madero dulce, en cuya rama pareceis fruto, y en cuyo lagar sois el racimo que Vos pisasteis solo; dad los brazos, Padre piadosísimo, á este pródigo, desengañado del trato vil del mundo, con quien tantos años perdió la porcion que le tocaba de su sustancia; miradle, mi Jesús, roto de vida y de vestido, no roto como Vos, mi vida, por darme vida, siendo mi vida, pues estais tan roto que apenas teneis de la vida pedazo de una hora hasta la muerte; y el vestido encarnado que tomasteis hecho tantos, que si la divini-

dad se pudiera ver con mortales ojos, se descubriera y por tantas heridas fuera patente el alma; de otra suerte fui yo roto, y no como Vos por mí, sino como yo sin Vos: rota traigo la vida y roto el vestido de vuestra gracia, recibido en el bautismo.

¡Ay de mí! ¡quién pensara que un hombre miserable pudiera romper aquel alba preciosa de vuestro Espíritu santo! ¿Quién, pues, tan roto, alma mía, osa pedir os abrazos? Pero ¿quién no confiesa que se los dareis, teniendo los brazos tan abiertos?

Abracémonos pues, Padre mio que-

rido; ea, no haya mas enojos, daréos yo estas lágrimas, y estampareis Vos en mí vuestra sangre santísima. ¡Mirad qué trueco! pero Vos dais, como Dios, rubíes tan ricos, y yo, como hombre, estas arenas menudas de la dureza de mi corazón, que no es poco que siendo tanta, la despegue la lima de vuestra cruz.

Abrid, Señor mio, esos hermosos ojos; amaneced en mis tinieblas resplandeciente sol, que de Vos fué dicho, que pareciais lámpara encendida y sería ahora, pues estais colgado: crucificadme, Cristo mio, en Vos y con Vos, que si Vos lo sois mia, tendré mejor cruz que Vos; pero

dichosa el alma de quien Vos fueseis cruz.

¡Ay Redentor mio! ¡ay Padre de mi alma! ¡Cómo por andarme á buscar el amor vuestro y las culpas nuestras, os han puesto en esa cruz! La Esposa, Señor, fué la que topó con los Guardas (1): sea

(1) Otro recuerdo del *Canticus canticorum*, cap. III.
*Invenerunt me vigiles, qui custodiunt civitatem:
 Num quem diligit ánima mea, vidisti? (Me hallaron los centinelas que guardan la ciudad: ¿Visteis por ventura al que ama mi alma (*)?)*

(*) Todo grande afecto trae consigo una grande ceguedad, y en el presente es muy graciosa la que padece la esposa, pues piensa que con decir: —¿VISTEIS Á QUIEN AMO?—estaba entendido por todos, como por ella, quién era aquel por quien preguntaba.

En estos CENTINELAS, que hacían las rondas, se significan los príncipes de las sinagogas, los sacerdotes y sacrificadores de los gentiles,

yo, mi bien, el que os busque, y en quien ellas ejecuten los golpes de su ira, y no en vuestro delicado cuerpo. Básteos á Vos esa cabeza llena de rocío, de haberme buscado toda la noche, que en la noche de mis oscuridades me buscais

los grandes y sábios del mundo, que tienen la guarda y gobierno de la política y de los estados de la tierra, mientras dure la noche de esta vida. Todos estos, divertidos en varios y diversos pensamientos, saben poco de esto, que es amor con verdad, pues según el sentido espiritual que aquí se pretende, con toda la alteza del saber y prudencia humana, en cuya guarda y conservación velan los hombres, jamás alcanzaron ellos á dar ciertas muestras de Jesucristo.

(COMENTARIO DE FR. LUIS DE LEON.)

Por esto, cuando la esposa les pregunta por su amado, ó no le respondieron ó no hicieron caso de ella teniéndola por fátua. La cruz de Jesucristo fué escándalo para los judios y locura para los gentiles.

Que por estos CENTINELAS ó VELADORES se deban entender los que quedan referidos, se infiere de lo que dice en el cap. V, versículo VII:—Que estos mismos la hirieron, llagaron y la quitaron el manto de encima, con el cual ella iba cubierta.

(NOTA DEL P. SCIO.)

Vos (1); pero no puede ser noche aquella,
en que anda el sol. No quiero yo, vida

(1) Imitacion del mismo libro.

Ego dormio, et cor meum vigilat: vox dilecti mei
pulsantis: Aperi mihi, soror mea, amica mea, columba
mea, immaculata mea: quia caput meum plenum est rore,
et cincinnati mei guttis noctium. (*Yo duermo y mi corazón
vela: la voz de mi amado que toca:—Abreme, hermana
mia, amiga mia, paloma mia, mi sin mancilla, porque
mi cabeza llena está de rocío y mis quedejas de las gotas
de las noches*).

IBIDEM, CAP. V.

En la introduccion al *Soliloquio sétimo* recuerda otra
vez Lope este pasage del *Cantar de cantares*, en una re-
dondilla preciosa:

Cuando á la puerta salí
A veros, esposo mio,
Coronada de rocío
Toda la cabeza os ví.

mia, que las gotas de aljofar sean espi-
nas, el maná del alba, grumos de san-
gre; la cama en que descansais, la gra-
ve cruz; la delicada lana, duros clavos;
las sábanas, azotes; la almohada, rótulo
de escarnio; la cena, hiel, y los amores,
decir á vuestro Padre que os ha desam-
parado, que me perdone á mí que os cru-
cifico (1) y que aun en el sueño de la muer-
te no dege un ladron de inquietaros hasta
que le deis el cielo (2).

(1) En todas las ediciones *le crucifico*.

(2) ¿Quién vé al Señor cubierto de llagas y afligido
con persecuciones, que no las abraçe, y las ame y las
desea? ¿Quién vé algo de la gloria, que dá á los que le